



# Cuando conocí a Neruda

Por RICARDO BOIZARD (Picotón)

DE la caída de Ibáñez, el 26 de julio de 1931, nuestro país vivió una de las épocas más tempestuosas de su historia. El Gobierno de don Juan Esteban Montero sufrió ese viento de conspiraciones y revueltas que desatan las ambiciones conspirativas por un lado y las corrientes ideológicas, por el otro.

Fue el tiempo de la sublevación de la marinería en Coquimbo, el tiempo de las alocuciones estrepitosas del ibañismo, el tiempo de la revolución socialista de don Marínique Greve; por último, la reacción del Ejército cansado de ser el instrumento de los políticos y el llamado a elecciones presidenciales y parlamentarias en octubre de 1932.

El viejo León de Tarapacá llegaba de nuevo a la Moneda, pero su labor ahora no consistía en impulsar los cambios sociales del año 29, sino en volver a su quicio las instituciones republicanas y poner atrás a todo intento de desmontamiento constitucional. En esa labor, como en todas las cosas del mundo, se cometieron errores deriva, dos de la naturaleza humana, lo que no significa que, a la postre, aquel gobierno devolviera al país su tradicional solidez.

En el Ministerio de Relaciones Exteriores había un hombre respetable y singularmente espaz: don Miguel Cruzbaza Tocornal. Era un

internacionalista de renombre continental y sus exposiciones respondían al más puro estilo de la vieja y pacífica diplomacia chilena.

Pase a la elevada personalidad de Cruzbaza, publicado en los pasillos de la Cancillería los eternos condeñosos a vergas remuneradas en dólares y, para ellos, había la necesidad imperiosa de crear vacantes por motivos fútiles y aun por trascendentales motivos. Se produjo en la Cancillería un episodio de roga contra todo elemento que pudiera tener olor y thalidemo, a determinadas doctrinas avanzadas e simplemente socialistas y comunistas.

Brutales, como ahora, el inevitable sectarismo en que incurren los medocres cuando la suspicacia y el chisme son sus únicos peccados para escalar.

En esos años, Pablo Neruda pertenecía al cuerpo consular de nuestro país y fue víctima de la raxia inmisericorde. Yo era parlamentario y naturalmente, tenía influencia en el gobierno porque defendía, como es natural, el objetivo legalista en que éste se fundaba.

Una tarde llegó a mi casa un muchacho moreno, sencillo y directo en su trato personal. Caminaba con lenta gravedad y hablaba con un acento castizo y digno. Me dio su nombre y comencé con emoción que estaba delante de uno de los grandes poetas de nuestra generación de este siglo. Concéi yo a Ne-

ruda ya que por sus primeras obras, *Los Veinte*, *Poesía de Amor y el Golpe*, *La Utopía*, aquellos libros de la *Utopía* y el *Farewell* que suerog como una campaña extraña en los momentos literarios del tiempo.

Me contó que había sido destituido por el gobierno y me confesó que, a pesar de no pertenecer al Partido Comunista, como era la verdad en ese tiempo, sostenía ideas de tipo social que no se conjugaban con el régimen imperante.

Yo pensé para mí:

—¿Qué tiene que ver un gran poeta con los ideas políticas imperantes?

Le conté a Neruda de temblor:

—Pablo, yo confío en ti y le agradezco que tengas confianza en mí. Mírame mismo hablaré con don Miguel Cruzbaza y estoy segura de que Ud. será reanunciado.

Don Miguel me recibió al día siguiente con su sonrisa benévola y su singular simpatía. Le expliqué el caso, le dije que se trataba de uno de los poetas más grandes del continente, le hablé de que, para Chile, constituía un honor su presencia en el extranjero. A medida que yo hablaba, cerraba los ojos y movía la cabeza en forma afirmativa. El viejo comprendió que sus subordinados habían cometido un error y en la tarde de ese día, Pablo Neruda quedó reincorporado y designado a Buenos Aires.

Creo haber puesto un grano de arena en la tranquilidad espiritual del gigantesco poeta chileno que anhela de obtener con justicia el Premio Nobel.

Pero escribo estas líneas no por destacar mi actuación, que era justa y, por lo tanto, normal. Escribo estas líneas para traer a nuestros días un ejemplo oportuno contra el sectarismo reinante.

**Cuando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.**

## **AUTORÍA**

Boizard, Ricardo, 1903-1983

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1971

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

Quando conocí a Neruda [artículo] Ricardo Boizard.

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile